

AMORES DE PASATIEMPO: UNA APROXIMACIÓN AL PROTODONJUANISMO CERVANTINO

Laura Brito-Martín

Universidad de La Laguna

RESUMEN

Don Juan, como mito literario, ha supuesto uno de los arquetipos más importantes no solo de la literatura española, sino de la literatura universal. Sus orígenes se remontan a la Edad Media, cuando en los libros de caballerías tienen lugar las historias de personajes masculinos cuyo comportamiento vendría a manifestar un *protodonjuanismo* latente que continuaría mostrándose hasta su fijación en *El Burlador de Sevilla*. Algunos de esos ejemplos pueden encontrarse en las obras de Miguel de Cervantes. En el presente estudio pretendemos revelar, al menos, tres casos del *protodonjuanismo* cervantino existente en *La fuerza de la sangre*, *Las dos doncellas* y *Don Quijote de la Mancha*.

Palabras clave:

Donjuanismo, *protodonjuanismo*, honor, honra, Cervantes, *La fuerza de la sangre*, *Las dos doncellas*, *Don Quijote de la Mancha*.

ABSTRACT

As a literary myth, Don Juan has become one of the most important archetypes not only in Spanish literature, but also in universal literature. His origins go back to the Middle Ages, where in the Chivalric romances take place the histories of male characters whose behavior show a latent *protodonjuanism* that would appear until his fixation in *El Burlador de Sevilla*. Some of these examples can be found in Miguel de Cervantes' works. The present article proposes a study of three cases of cervantine *protodonjuanism* existing in *La fuerza de la sangre*, *Las dos doncellas* and *Don Quijote de la Mancha*.

KEYWORDS:

Donjuanism, *protodonjuanism*, honor, Cervantes, *La fuerza de la sangre*, *Las dos doncellas*, *Don Quijote de la Mancha*.

Numerosas son las vueltas que se han dado en torno a los conceptos de *honor* y *honra* durante la producción literaria del Siglo de Oro. Estos supusieron el eje central de muchas de las obras del periodo áureo español al hacer referencia a ese conjunto de expectativas y deberes sociales que habrían de ser cumplidos con absoluto rigor y que asegurarían la aceptación del individuo en su comunidad, implicando consigo a todos los miembros que conformaban su grupo familiar.

Sin embargo, a pesar de tratarse de expresiones diferentes, el *honor* y la *honra* tendieron a emplearse de forma indistinta o confundirse en su uso ya desde su génesis durante el Medievo. Mientras que el *honor* es la reverencia o consideración que el hombre gana por su virtud o buenos hechos; la *honra*, por su parte, aunque se gana con actos propios, depende también de los ajenos así como de la estimación y fama que otorgan los demás.

De forma gradual, el concepto de *honor* fue «complejizándose a medida que implicó a otros discursos sociales: política, religión, pureza de sangre, moral, fidelidad conyugal, identidad»,¹ lo que supuso que el rol femenino –en tanto que es la mujer la depositaria del buen nombre familiar y del *honor* familiar masculino– se viera condicionado por una fuerte presión social. La reputación de la mujer era esencial, pues actuaba como fundación del entramado social. Por este motivo, no solo debía ser casta, en caso

1/ M. Victoria Martínez, «A vueltas con la honra y el honor. Evolución en la concepción de la honra y el honor en las sociedades castellanas, desde el medioevo al siglo XVII», *Borradores*, vol. VIII-IX, 2008, p.1.

de tratarse de una mujer casada, sino que debía ser tenida por tal; la sola sospecha de su inmoralidad era suficiente para su propia deshonra y la de su familia.

No obstante, en caso de mancilla la reparación de la situación de deshonra venía dictada por el código de honor que barajaba como opciones viables la unión matrimonial con el causante de la ofensa o, en los casos extremos, la muerte de este. Además, recogía que la resolución del problema habría de recaer en manos del padre o hermano de la joven afrentada.

Toda esta problemática concerniente al universo femenino fue representada por muchos de los autores del periodo. Sin embargo, uno de los pocos que la plasmó con una aceptable veracidad a través de las tramas de sus distintas obras, en las que añadió una conciencia crítica y, en algunos casos, desmitificadora de los clichés de la época, fue el genio de Miguel de Cervantes.

Cervantes desarrolló en su narrativa una casuística amorosa que da cuenta de casi todos los debates de su tiempo, accediendo a ellos a partir de distintos géneros y ajustándose a sus convenciones, en diálogo con las circunstancias sociales y culturales de comienzos del seisientos y con problemas concretos, como el conflicto entre la expresión del deseo y el recato prescrito por el cuidado de la honra, entre el amor de los jóvenes y las opiniones de los padres, entre la autenticidad o los riesgos del casamiento de palabra. El cortejo, los desencuentros y las resoluciones señalan la preocupación por el equívoco lugar del matrimonio en esa sociedad, el difícil equilibrio entre espirituali-

dad, erotismo y conveniencia material, entre el cuidado por la dimensión íntima y por la social.²

Dentro de la producción cervantina pueden encontrarse múltiples casos en los que la trama versa sobre la historia de una mujer deshonrada o la incluye, aunque, tratándose de la pluma del alcaláinio, las novedades siguen sorprendiendo incluso cuatro siglos después. Para hablar de las situaciones de ofensa ocurridas en estas obras se hace necesaria la existencia de un agente causante del agravio, un mancillador de la honra femenina que deje tras de sí el desdoro que haga propicia la historia. Es inevitable que, al mencionar la presencia de un burlador de mujeres, venga a nuestra mente el mito de Don Juan, en el que, a pesar de lo discutida que ha sido su autoría, sigue siendo la mano del mercedario Tirso de Molina la que se alza como la creadora original.

Pese a ello, los orígenes de esta figura se remontan a la Edad Media, cuando en los libros de caballerías tienen espacio las historias de personajes masculinos que apuntan actitudes con tintes donjuanescos. Como advierte el cervantista Maurice Molho, «sea como fuere, los orígenes míticos de Don Juan son indiscernibles, pero en todo caso Don Juan preexiste a *El Burlador*, el cual manifiesta el mito en su totalidad, a costa de combinarlo con una serie de elementos ajenos al mito».³ Por ello, reconociendo que toda creación hu-

2/ M. A. González Briz, «Aventuras que cierran heridas: el camino hacia el matrimonio», *Caracol*, 6, p.83.

3/ M. Molho, *Mitologías. Don Juan, Segismundo*. Madrid, Siglo XXI ed., 1993, pág. XI.

mana no es solo fruto del genio particular, sino también del bagaje cultural que hereda, y que da lugar a las infinitas combinaciones que aseguran el mito, su movilidad y, por ende, su vitalidad, no es descabellado afirmar que en la obra de Cervantes pueden encontrarse algunos personajes masculinos que bautizaremos con el sobrenombre de *protodonjuanes*.

En estos libros de caballerías, tan conocidos por don Miguel y que constituyeron el eje, a modo burlesco, de su magna obra, tienen lugar

escenas idílicas y amorosas que los protagonistas, damas y caballeros, viven, padecen y disfrutan en un repertorio de casuística amorosa amplio y diverso, que reaviva en muchos aspectos el amor trovadoresco y cortés, pero que también da amplias posibilidades al juego amoroso.⁴

Y aún más, en *Amadís de Gaula*, en el que Amadís encarna el ideal caballeresco perseguido por Don Quijote, aparecen las historias de personajes masculinos de gran libertad sexual y amorosa, que bien pudieran ser condenadas por los moralistas del siglo XVI. Caballeros seductores y *protodonjuanescos*, que se convierten en el modelo de un «incansable requeridor de amores, que mantiene relaciones sentimentales sucesivas, escasamente duraderas, con un notorio matiz sexual y no propiamente derivadas de un

4/ M. R. Aguilar Perdomo, «De vuelta sobre la seducción en los libros de caballerías. Con especial atención a la figura masculina y el donjuanismo», *Revista de poética medieval*, 26, 2012, p.31.

proceso previo de amores».⁵ El ejemplo más claro se encuentra en Galaor, el libidinoso hermano de Amadís, un personaje de gran fuerza sexual y postura vitalista que no admite tener relaciones con una única mujer; de hecho, hasta seis serán las conquistas que conformen la lista de este seductor hasta el final de su trayectoria amorosa, sometida por la llegada del amor y el matrimonio.

Moviéndonos en esta línea, a continuación nos acercaremos a tres casos cervantinos concretos: Rodolfo, Marco Antonio y Don Fernando, *protodonjuanes* causantes de la deshonra de Leocadia, Teodosia y Leocadia, y Dorotea en *La fuerza de la sangre*, *Las dos doncellas* y *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, respectivamente. Pero antes parece necesario establecer cuáles son los requisitos que definen a un donjuán como tal, de tal modo que los podamos identificar en los cervantinos *protodonjuanes*.

1.- Ante todo, el seductor debe ser un joven noble para el que lo propio sea burlar a las mujeres y con ello renovar constantemente la misma proeza. Ser un Burlador hace referencia a su naturaleza como conquistador, a su fuerza erótica. Este, como seductor, se especializa para cada tipo de víctima llevando a cabo una estrategia diferente que define la psicología de esta.

2.- El Burlador posee un agudo ingenio, acompañado de un gran don de palabra, atractivo físico, un carácter soberbio y prepotente y el arrojo necesario para poder urdir el complejo engaño y escapar del compromiso y los peligros airadamente.

5/ *Ib.*, p. 32.

3.- Don Juan siempre está acompañado de un fiel criado que, en algunas ocasiones, sale burlado o castigado por las andanzas de su amo. Además, posee la lista de las mujeres que este ha seducido y, por consiguiente, conoce su *modus operandi* a la perfección.

4.- Fruto del carácter arrogante del pendero protagonista y de la imposibilidad de escarmiento por sus actos, la divinidad se valdrá de un medio sobrenatural para ejecutar el castigo merecido por su conducta e indecorosas actuaciones.

De este modo, en la novela ejemplar *La fuerza de la sangre* (1613), no se nos presenta una historia de seducción y burla al uso: Leocadia, una hermosa joven de fuertes valores es raptada y violada por Rodolfo, el hijo de una de las familias nobles de la ciudad. Tras esto, él desaparece y Leocadia queda embarazada como resultado de la afrenta. Siete años más tarde, el destino juega sus cartas y el pequeño resulta herido en un accidente, acabando al cuidado de sus abuelos paternos. Leocadia, que recuerda con lujo de detalle la casa y habitación en la que su honra le fue robada, confiesa a la madre de Rodolfo lo sucedido. Esta última conseguirá que su hijo vuelva del extranjero y que contraiga matrimonio con Leocadia sucediéndose así el «feliz desenlace».

Cierto es que al tratarse de un caso en el que la protagonista es víctima de una violación no asistimos a ningún tipo de engaño o promesa que la haga rendirse a los encantos del seductor y, además, el desenlace es el esperado: «uno de los remedios más beneficiosos para el futuro social de la mujer era el matrimonio, ya sea con el violador o con otro

individuo que el violador o la familia encontrara inmediatamente después del suceso».⁶ Sin embargo, lo interesante viene dado por la descripción que se hace de Rodolfo, de la que se extraen ciertas similitudes con el donjuán clásico.

hasta veinte y dos tendría un caballero de aquella ciudad a quien la riqueza, la sangre ilustre, la inclinación torcida, la libertad demasiada y las compañías libres, le hacían hacer cosas y tener atrevimientos que desdecían de su calidad y le daban nombre de atrevido.⁷

El resultado de este retrato es la vinculación con dos importantes características donjuanesas: la nobleza y riqueza del personaje, que salvaguardan las actitudes perniciosas, y el carácter impune de estas y la juventud del personaje, asociada con su ímpetu lascivo, ya que nada más ver a Leocadia «despertó en él un deseo de gozarla a pesar de todos los inconvenientes que pudieren sucederle»;⁸ en este caso la violación de su futura mujer.

Finalmente, «antes que de su desmayo volviese Leocadia, había cumplido su deseo Rodolfo [...]. Ciego de la luz del entendimiento, a escu-

6/ R. Fine, «Relaciones peligrosas: en torno al incesto y la violación en la obra de Cervantes», en *Comentarios a Cervantes*, coord. E. Martínez Mata y M. Fernández Ferreiro, 2014, p. 190.

7/ M. Cervantes Saavedra, *La fuerza de la sangre* (ed. Florencio Sevilla Arroyo), Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, fol. 126r. Recuperado el 15/10/2016 a las 11:03 de <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcbk195>.

8/ *Ib.*, fol. 126r.

ras robó la mejor prenda de Leocadia».⁹ Abandona a la protagonista, olvidándola, convirtiéndola en una muesca más. Y «él se fue con tan poca memoria de lo que con Leocadia le había sucedido, como si nunca hubiese pasado».¹⁰ Además, aunque no conocemos a un criado de Rodolfo que sea el cómplice de sus deshonorables acciones, el libertino cuenta con un grupo de camaradas que le ayuda a cometer sus fechorías:

y en un instante comunicó su pensamiento con sus camaradas, y en otro instante se resolvieron de volver y robarla, por dar gusto a Rodolfo; que siempre los ricos que dan en liberales hallan quien canonice sus desafueros y califique por buenos sus malos gustos.¹¹

Por tanto, el matrimonio final entre Leocadia y Rodolfo, más que atender a un súbito y poco creíble enamoramiento de ambos, es el único medio del que se dispone para frenar a Rodolfo, puesto que el castigo sobrenatural se instaura como solución a raíz de la obra tirsiana. No obstante, aunque ahora puede gozar a Leocadia bajo el título de esposo, Rodolfo seguirá estando regido por el deseo libidinoso y su amor no irá más allá de lo sensorial ya que su historia «no tuvo otro principio que de un ímpetu lascivo, del cual nunca nace el verdadero amor».¹²

Marco Antonio será el siguiente protodonjuán en ocupar este breve análisis. Él es el causante de la desdicha de Teodosia y

9/ *Ib.*, fols. 126v y 127r.

10/ *Ib.*, fol. 131r.

11/ *Ib.*, fol. 126v.

12/ *Ib.*, fol. 129r.

Leocadia en otra de las novelas ejemplares cervantinas: *Las dos doncellas* (1613). Teodosia, hermosa muchacha sevillana se entrega a Marco Antonio bajo la promesa de matrimonio de este. Tras el disfrute, dos días más tarde el noble desaparece. Es entonces cuando Teodosia decide ir en su busca y, vestida de hombre, marcha de la ciudad. Durante su viaje encuentra a Leocadia, otra joven que ha creído las palabras de Marco Antonio aunque no se ha entregado a él de forma carnal. Cuando consiguen encontrarle, asistimos a una doble reparación de la honra, ya que se suceden los enlaces de Teodosia con Marco Antonio y de Leocadia con Rafael, hermano de la primera.

Al contrario de lo que acontecía en el caso anterior, en la honra perdida de Teodosia encontramos un proceso de conquista amorosa por parte de Marco Antonio, en la que, dejándose llevar por sus pasiones, y siempre con el falso compromiso en mente, se rinde ante el seductor por voluntad propia, tal y como ella misma lamenta: «¡ay honra menospreciada; ay amor mal agradecido: ay respectos de honrados padres y parientes atropellados, y ay de mí una y mil veces, que tan a rienda suelta me dejé llevar de mis deseos!».¹³

La caracterización de Marco Antonio viene dada por boca de sus dos víctimas, que, en unas pocas líneas, realizan un claro retrato de él, permitiendo establecer las concordanacias que señalaremos respecto a Don

13/ M. Cervantes Saavedra, *Las dos doncellas* (ed. Florencio Arroyo Sevilla), Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001, fol. 191v. Recuperado el 16/10/2016 a las 10:37 de <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcbl195>

Juan. Solo uno de los datos es revelado por el narrador, la ciudad de origen del burlador: Osuna (Sevilla). Curioso es esto, puesto que Don Fernando, el *protodonjuán* que se encuentra en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, también es originario de esta ciudad, lo que enlaza aún más el perfil de este prototipo burlador con la ciudad hispalense.

De Marco Antonio se conoce que es un hombre noble y de buena familia, «me ofreció a los ojos un hijo de vecino nuestro, más rico que mis padres y tan noble como ellos»,¹⁴ que se escuda en la ventaja de su posición para conseguir la impunidad de sus actos al igual que Rodolfo o cualquier otro donjuán. Asimismo, se valdrá de su ingenio para crear dos situaciones de seducción diferentes atendiendo a la naturaleza de sus dos conquistas. Primero, la dulce Teodosia, a la que encandila con palabras, lágrimas y la promesa del posterior enlace:

cada palabra era un tiro de artillería para la fortaleza de mi honra; cada lágrima era un fuego en que se abrasaba mi honestidad; cada suspiro, un furioso viento que el incendio aumentaba de tal suerte que acabó de consumir la virtud que hasta entonces aún no había sido tocada; y, finalmente, con la promesa de ser mi esposo [...], me entregué en su poder a hurto de mis padres, sin tener otro testigo de mi desatino que un paje de Marco Antonio [...]. Y apenas hubo tomado de mí la posesión que quiso, cuando de allí a dos días desapareció.¹⁵

14/ *Ib.*, fol. 193r.

15/ *Ib.*, fols. 193r y 193v.

Y más tarde a la desconfiada Leocadia, que conociendo la posibilidad de que se trate de una simple artimaña del joven, solicita que este firme una cédula en la que garantice el cumplimiento de su promesa. No obstante, las verdaderas intenciones de Marco Antonio quedan reveladas tras su huida y confirmadas cuando reconoce ante la muchacha que «los amores que con vos tuve fueron de pasatiempo».¹⁶

habiéndome dado su fe y palabra, debajo de grandes y, a mi parecer, firmes y cristianos juramentos de ser mi esposo, me ofrecía que hiciese de mí todo lo que quisiese. Pero, aún no bien satisfecha de sus juramentos y palabras, porque no se las llevase el viento, hice que escribiese en una cédula, que él me dio firmada de su nombre, con tantas circunstancias y fuerzas escritas que me satisfizo. Recibida la cédula, di traza cómo una noche viniese de su lugar al mío y entrase por las paredes de un jardín a mi aposento, donde sin sobresalto alguno podía coger el fruto que para él solo estaba destinado.¹⁷

Ante esta situación solo queda una solución posible para asistir a la reparación de la honra perdida de las doncellas: el matrimonio. En este caso, a Marco Antonio le corresponde hacerlo con Teodosia pues ha sido a la que ha gozado en calidad de esposo; mientras que Leocadia, ya que su virtud continua sin mancha, podrá hacer lo mismo con Rafael. Por último, esta propuesta sobre la *protodonjuanía* cervantina se cierra con el que, a nuestro juicio, mejor prefigura el arquetipo

16/ *Ib.*, fol. 206v.

17/ *Ib.*, fol. 199v.

desarrollado posteriormente por Tirso de Molina: don Fernando, cuya historia ocupa gran parte de los episodios finales de la primera parte de las aventuras de nuestro querido hidalgo, concretamente la acción desarrollada entre los capítulos XXIII-XLVII. Tal y como ocurría en *Las dos doncellas*, el retrato ofrecido de este seductor será doble, pues no solo lo conoceremos por boca de la mujer deshonrada, Dorotea, sino que también se añadirá la voz de Cardenio, otro damnificado por las acciones del que creía su amigo.

En Sierra Morena, Don Quijote y Sancho se topan con Cardenio, que, bajo la promesa de no ser interrumpido por ninguno de los dos, les narra el motivo de su desgracia: enviado por su padre a estar al servicio de una familia noble, el joven entabla amistad con don Fernando, el hijo menor. Este desea a la joven Dorotea y urde un elaborado plan para seducirla; tras conseguirlo, la abandona. Mientras se sucedían estos acontecimientos, Cardenio le ha hablado a su amigo de Luscinda, la mujer que ama, de la que no ha hecho otra cosa que exaltar sus múltiples cualidades. Es entonces cuando don Fernando, movido por el deseo que han despertado en él las palabras de Cardenio, consigue deshacerse de este para así poder contraer matrimonio con Luscinda. A su vez, Dorotea ha decidido ir en busca de don Fernando para lograr que cumpla su palabra. Cuando los cuatro están frente a frente se produce el desenlace con la restitución de las parejas iniciales don Fernando-Dorotea y Cardenio-Luscinda.

La personalidad de don Fernando queda dibujada desde el comienzo cuando Cardenio clama venganza por lo ocurrido alegando que sus manos le arrancarán «el corazón

donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente el fraude y el engaño».¹⁸ Por tanto, don Fernando, además de ser un «mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado»,¹⁹ es un hombre al que no le importa engañar y estafar a sus más allegados.

El primero de sus propósitos será satisfacer sus deseos y gozar a Dorotea bajo la ya manida falsa promesa de matrimonio, prototípica de los seductores:

redujeron a tal término los deseos de don Fernando, que se determinó, para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labrador, a darle palabra de ser su esposo; porque de otra manera era procurar lo imposible.²⁰

No obstante, para llegar a ese punto, el proceso de conquista se vuelve complejo, ya no nos enfrentamos a un rapto, una violación o un embaucador discurso; sino a un proceso de conquista amorosa en el que no solo hace ceder a la dama, sino a todos sus allegados:

don Fernando [...] sobornó toda la gente de mi casa; dio y ofreció dádivas y mercedes a mis parientes; los días eran todos de fiesta y de regocijo en la calle; las noches no dejaban dormir a nadie las músicas; los billetes que, sin saber cómo, venían a mis manos eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos.²¹

18/ M. Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Bruguera, 1968, t I, p. 311.

19/ *Ib.*,p.318.

20/ *Ib.*,p.318.

21/ *Ib.*,p.378.

Una vez conseguida la mejor prenda de la dama («con volverse a salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo y él acabó de ser traidor y fementido»²²), esta pierde para él el interés tan ávido que anteriormente había despertado:

había gozado a la labrador con título de esposo [...]. Así como don Fernando gozó a la labrador, se le aplacaron sus deseos y resfriaron sus ahínco; y si primero fingía quererse ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecución.²³

Don Fernando, del mismo modo que Don Juan, tras consumar una aventura, ya prepara la siguiente. Esta nueva conquista no es otra que Luscinda, lo que supone la traición por dos vías que se había planteado anteriormente: primero, hacia Dorotea como su esposa. y, segundo, hacia Cardenio como su amigo.

Sin embargo, para poder llevar a cabo este plan, debe deshacerse de lo único que le impide acercarse a su nueva víctima («parciéndole a don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecución su falso y mal pensamiento»²⁴). Así, con ayuda de su hermano, consigue enviar lejos a Cardenio el tiempo suficiente para conseguir rendir a Luscinda, lo que recuerda sin duda a las tramas que ingenió don Juan para engañar al marqués de la Mota y gozar a doña Ana de Ulloa.

22/ *Ib.*,p.378

23/ *Ib.*,p.319.

24/ *Ib.*,p.358.

Cierto es que no disponemos de un castigo sobrenatural, puesto que la transgresión de don Fernando no puede equipararse a la del protagonista de la obra del mercedario. De esta manera, el matrimonio se contempla como la única salvación para él: «don Fernando daba gracias al cielo por la meced recibida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan a pique de perder el crédito y el alma»²⁵ e, incluso, la vida.

A través de la narración y los personajes de estas tres novelas cervantinas, el autor nos presenta «un mundo desordenado, violento y movido por intereses de todo tipo, donde conseguir ser felices bajo el yugo marital supone una gran fuerza de voluntad incapaz de garantizar siempre el éxito»²⁶ estableciendo, de este modo, una crítica velada sobre la verdadera finalidad de dichas uniones durante los Siglos de Oro.

Se hace necesario recordar que los enlaces resultantes, en el trío de supuestos estudiados, atienden a los intereses personales de cada una de las partes; por un lado, los de los propios seductores al conseguir salir airoso de los delitos cometidos, y, por el otro, el de las jóvenes burladas, que necesitan a toda costa restablecer la honra perdida.

A su vez, Miguel de Cervantes logra conjugar con Rodolfo, Marco Antonio y don Fernando tres personajes *protodonjuanescos*

25/ Ib., p.488.

26/ Lucía López Rubio, *El matrimonio en las Novelas Ejemplares y el Quijote: la influencia del modelo histórico, social y legal de los siglos XVI y XVII*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2016.

de los cuales el último perfila mejor las características del donjuán tirsiano.

Los tres se han movido por el deseo que ha despertado en ellos una mujer, generalmente de moral intachable, se han valido de diferentes instrumentos que les permitan conseguir la rendición de la dama y utilizan el engaño para lograrlo, especialmente don Fernando; tras aplacar su apetencia sexual, manifiestan su desinterés por ellas, abandonándolas posteriormente. Además todos son hombres jóvenes, de origen noble y con riquezas que se amparan en su posición social para salir impunes del engaño. Además, si bien es cierto que a ninguno de ellos les acompaña un fiel criado que lleve el recuento de la lista de sus víctimas, encontramos personajes que cumplen momentáneamente este rol de ayudante: así, los camaradas de Rodolfo, el paje de Marco Antonio y el hermano de don Fernando.

Sin embargo, contra esta violación del código moral que personifican estos seductores es necesario poner un límite y devolver a estos caballeros a las normas establecidas. Pareciera de este modo que para Cervantes, valiéndose de la expresión «casaráis y amansarás», el matrimonio supuso, de forma anticipada, la posterior muerte de Don Juan en Tirso.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR PERDOMO, M. R., «De vuelta sobre la seducción en los libros de caballerías. Con especial atención a la figura masculina y el donjuanismo», *Revista de poética medieval*, 26, 2012, pp. 31-51.
- CERVANTES, M., *La fuerza de la sangre* (ed. Florencio Sevilla Arroyo), Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Recuperado el 15/10/2016 a las 11:03 de <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcbk195>.
- _____, *Las dos doncellas* (ed. Florencio Arroyo Sevilla), Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. Recuperado el 16/10/2016 a las 10:37 de <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcbk195>
- _____, *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Bruguera, 1968, t I.
- FINE R., «Relaciones peligrosas: en torno al incesto y la violación en la obra de Cervantes», en *Comentarios a Cervantes*, coord. E. Martínez Mata y M. Fernández Ferreiro, 2014, pp.188-201.
- GONZÁLEZ BRIZ, M. A., «Aventuras que cierran heridas: el camino hacia el matrimonio», *Caracol*, 6, p.80-102.
- LÓPEZ RUBIO, L., *El matrimonio en las Novelas Ejemplares y el Quijote: la influencia del modelo histórico, social y legal de los siglos XVI y XVII*, Tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2016.
- MACDONALD, I., «El prisma cervantino». *Bulletin Hispanique*, 50, nº3-4, 1948, pp. 429-444.
- MARTÍNEZ, M. V., «A vueltas con la honra y el honor. Evolución en la concepción de la honra y el honor en las sociedades castellanas, desde el medioevo al siglo XVII», *Borradores*, vol. VIII-IX, 2008, p.1-10.
- MOLHO, M., *Mitologías. Don Juan, Segismundo*. Madrid, Siglo XXI, 1993.
- WALKER, D., «Espacio y honra en *La fuerza de la sangre* y *El celoso extremeño*», *Tejuelo*, 4, 2009, pp. 74-83.